

HOMENAJE A JOSÉ WATANABE (1946-2007)

José Watanabe pertenece a una generación de poetas peruanos muy distintos entre sí, todos ellos con obras perfectamente reconocibles y atrayentes, como la de Rodolfo Hinostroza, Luis Hernández o Enrique Verástegui. Todos ellos, continuadores de una sólida tradición de renovación poética que en su comienzo tuvo ni más ni menos que a César Vallejo como piedra de toque. A partir del año de 1922, en que apareció *Trilce*, se sucedieron obras decantadas en libros emblemáticos en la poesía peruana pero también latinoamericana, como *Las ínsulas extrañas* y *Abolición de la muerte*, los dos primeros libros de Emilio Adolfo Westphalen, *La tortuga ecuestre* de César Moro, *La mano desasida* de Martín Adán, *Habitación en Roma* de Jorge Eduardo Eielson o *Canto Villano* de Blanca Varela, quienes elaboraron una cadena de eslabones que siguen articulándose hasta el presente en trabajos como el realizado por Mario Montalbetti en *Fin desierto*.

En el marco de esta tradición, encontrar una hendidura, no sería de ningún modo cosa fácil. Watanabe, sin embargo, la encontró. Mantuvo una sana distancia con su entorno literario más inmediato. Se alejó de muchas de las preocupaciones de su época, como la de la poesía declaradamente política. Su solución entonces, consistió en volcarse hacia sí mismo, reconociendo en sus vivencias personales más íntimas, un material sustancioso para armar una visión del mundo y con ella, una suma de poemas no exenta de humor o en algunos

casos, hasta cierta crueldad. Optó por un lenguaje parco y directo, siguiendo en esto a Basho. Sus poemas, alejados formalmente del haikú rescatan de éste su concisión y su carácter revelatorio o de iluminación. Cada vez que leo “Imitación de Matsuo Basho”, me sorprenden y emocionan extrañamente los versos que cierran ese poema en prosa. Esas líneas por sí solas podrían no ser gran cosa, pero el conjunto de la prosa y esas últimas palabras que literalmente se descuelgan (están puestas al centro y más abajo del bloque de la prosa que los antecede) resultan tan precisas, que no pueden sino movernos hacia la solidaridad:

En la cima del risco
retozan el cabrío y su cabra.
Abajo, el abismo.

A José Watanabe le gustaba hacer pequeñas narraciones, a veces próximas a la parábola o la alegoría, una gran parte de sus poemas tienen animales —la mantis religiosa, la iguana, el gato, la ardilla, el lenguado, los bueyes, la serpiente— como núcleos que se abren y ponen en evidencia cualidades o incapacidades humanas. También prefirió los pequeños temas, como su familia, a los grandes y consabidamente prestigiosos desde el punto de vista de la literatura. Quizá la única línea ajena a este planteamiento de su trabajo, son algunos pasajes en donde recupera con mucha nitidez momentos de su infancia como en ese lindo poema que es “Refulge otra vez el sol”:

...
Tú también te bañaste aquí
y entonces el río era igualmente sucio, dejaba
estrías de barro en las comisuras de la boca
donde se formaba esa risa gratuita, risa
sólo por estar allí, zambulléndose
y emergiendo con un único conocimiento,
el de las cualidades tangibles del agua.

Ese era el sentido de la risa.
Acepta estrictamente ese sentido y declina
La especulación poética. Porque es tu verso opaco
Contra tu brillante alegría de muchacho.

En otros casos, se dio cuenta de que la sustancia del poema se le escapaba o era imposible de alcanzar. Lo que expresó sin pudor, con franqueza e inocencia. Esto puede seguirse en poemas como “Los encuentros” de *Albúm de familia*, su primer libro, hasta “El Algarrobo” de *Banderas detrás de la niebla*, el último que publicó.

Todo lo anterior introdujo una extraña “objetividad” en sus textos, algo así como un testigo que sin emitir juicios, observa y anota. Esta característica, diría que es su sello más distintivo. Desde luego existen otros elementos que habrá que desbrozar. La sensualidad, el humor, su amor por las cosas, su estilo firme y al mismo tiempo desenvuelto desde la conciencia de estar parado en la incertidumbre absoluta.

Watanabe publicó poco. No hizo demasiado por promover su obra, y salvo sus dos últimos libros publicados por una editorial española de mayor circulación, y una antología preparada en Inglaterra, sus poemas no trascendieron más allá de unos pocos lectores. En esta revista, cuando hubo oportunidad, se publicaron textos suyos con el placer certero de compartir con otros, un trabajo que nos pareció siempre, y no sólo dentro del panorama de la poesía latinoamericana última, de una presencia original y una insoslayable calidad. Hace muy poco nos enteramos de su muerte a causa de un cáncer de pulmón. La noticia nos dejó helados, considerando sobre todo, que era un poeta en la plenitud del despliegue de su trabajo. Testimonio de ello, son estos últimos poemas que alcanzó a organizar y publicar.

JLB
Mayo, 2007